

## MITOS FRANQUISTAS DE LA GUERRA CIVIL Y DE LA DICTADURA

**Angel Viñas<sup>1</sup>**

Universidad Complutense de Madrid

El régimen de Franco prestó la máxima atención posible a la imperiosa necesidad de construir en el interior así como a difundir en el exterior un relato justificativo de su origen y desarrollo con el cual autoenaltecerse dentro de España y defender su legitimidad fuera de ella. El análisis de este relato ha generado una literatura considerable que no es del caso evocar aquí. Baste con señalar que políticos, publicistas e historiadores de derechas, tanto en la Europa occidental como en Estados Unidos, asumieron grandes partes del mismo. No en vano el vector anticomunista en él inscrito indeleblemente desempeñó siempre un papel esencial, visto con sumo agrado en tiempos de guerra fría. Sin embargo, aunque esta es ya historia, todavía existen autores, en particular norteamericanos, que siguen defendiendo el relato franquista a pesar de las interpretaciones contrarias al mismo que han puesto de relieve al menos tres generaciones de historiadores españoles que han investigado y escrito en libertad.

### *Unas estadísticas y un concepto genérico*

Sobre la Guerra Civil se han publicado, según estimaciones varias, en torno a unos 50.000 libros<sup>2</sup>. Las obras que han lidiado con el período posterior no se han computado pero es difícil que sean un número

1. Este artículo es una versión revisada y ampliada de la presentación hecha en abril de 2019 en la Universidad Abierta de Grecia en Atenas con la colaboración del Instituto Cervantes y la Embajada de España en un homenaje al historiador greco-norteamericano Edward Malefakis. Innesario es señalar que los juicios de valor en él vertidos son de la exclusiva responsabilidad del autor.

2. A. Reig Tapia, *La literatura como fuente de la historia*, en A. Reig Tapia y J. Sánchez Cervelló (coords), *La Guerra Civil Española, 80 años después*, Madrid, Tecnos, 2019, p. 351.

inferior a 6.000. Un volumen estimado hoy en 5.500 aborda el período sin guerra de la Segunda República<sup>3</sup>. Nadie, que yo sepa, ha hecho un cálculo que depure estas cifras de eventuales repeticiones o duplicaciones. En cualquier caso, si descontamos los estudios microhistóricos o de trayectorias personales, que hoy parecen tener el viento en popa desde el punto de vista editorial en España, es posible aventurar una hipótesis: casi todo lo que podría decirse en el plano de la macro y de la mesohistoria en relación con esos 45 años de historia es verosímil que ya lo haya indicado alguien en algún momento, en alguna circunstancia o en algún lugar.

Por consiguiente, una gran parte de la labor de los historiadores estriba en separar el trigo de la paja existentes en esas montañas de libros y establecer cuáles deban ser las tesis que pueden ser sustentadas con arreglo a evidencias. Esta labor — iniciada por algunos historiadores extranjeros para los períodos de la República y de la Guerra Civil ya en los años sesenta del pasado siglo — solo ha sido posible gracias a dos factores interrelacionados:

— La recuperación de la democracia, la desaparición de la censura y la implantación de la defensa de los derechos y libertades civiles tras la aprobación de la Constitución en 1978. La Dictadura fue siempre alérgica a tolerar versiones discrepantes.

— La apertura lenta, pero continuada, de archivos, si descontamos los años 2012 a 2018 de recientes gobiernos del PP. Esta apertura se inició con los del Ministerio de Asuntos Exteriores en 1976 y fue progresivamente ampliándose a muchos otros. Aun así todavía queda camino por recorrer.

La consecuencia es obvia: como en cualquier otro país democrático europeo, la historia española ha pasado a ser escrita por historiadores nacionales. Con la siempre bienvenida aportación de los autores extranjeros que se interesen por ella. La generada durante el largo período democrático ha clarificado notablemente el pasado y puesto al descubierto las supercherías y mitos creados en y por el Franquismo.

A tal tarea le es aplicable el concepto de **proyección**. Lo caracterizaré como *el esfuerzo sostenido que se llevó a cabo para achacar al oponente (o*

3. E. González Calleja, *Tendencias y controversias de la historiografía sobre la Segunda República Española*, en J.L. de la Granja (coord.), *La España del siglo XX a debate. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Tecnos, 2017, p. 81.

*más bien al enemigo, en la terminología de Carl Schmitt) toda una serie de comportamientos condenables o execrables pero a los que les vincula una característica común esencial. A saber, fueron trasunto de los comportamientos propios, siempre eludidos. Se anclaron en la mitología y mitografía profranquistas como típicos del adversario, entendido este como la anti-España<sup>4</sup>.*

Las fuerzas políticas e intelectuales que cayeron bajo esta última denominación fueron, sin orden de prelación alguno, las siguientes: comunistas, socialistas, anarquistas, liberales, masones, protestantes, librepensadores y ateos. Lo que une a dicho adversario en una común aversión fue el vehemente rechazo de la herencia de las Luces y de 1789. Tal y como fueron teorizadas por varios pensadores españoles hiperconservadores, principalmente del siglo XIX, las raíces de la auténtica España se hallaban incrustadas en una versión excluyente de la política, el derecho y la teología de la época imperial.

Naturalmente, no todos los mitos franquistas son subsumibles bajo el concepto de **proyección** pero, en mi opinión, los más importantes y de alcance más duradero sí lo son.

#### *El mito de la “revolución” izquierdista*

El **primer mito** se refiere a la interpretación de la Guerra Civil como un mal necesario, pero inevitable, para atajar la inminencia de la revolución que supuestamente proyectaba una parte de la izquierda española (en la época de marras se fijó incluso la fecha del 1º de agosto de 1936). Expresada en términos generales es una noción que sigue presente en un sector de la historiografía. Adalid de ella es, fuera de España, un historiador norteamericano muy conocido: Stanley G. Payne<sup>5</sup>.

La izquierda que supuestamente preparaba esa revolución la precisaron los primeros historiadores franquistas (por lo general, militares, policías, clérigos y periodistas superideologizados): fueron los comunistas o los socialistas bolchevizados bajo el liderazgo de Francisco Largo Caballero. Un sector de los conspiradores militares y civiles que propagaron tal idea tuvieron éxito a la hora de convencer con ella a amplios sectores del ejército y de la Guardia civil. La noción se encuentra en testimonios de protagonistas de la época (por ejemplo, en los recuerdos del primo

4. Lo desarrollé por primera vez en *La otra cara del Caudillo* (reimpresión en 2019), Barcelona, Crítica.

5. En numerosas obras. La tesis la mantiene hasta la actualidad.

hermano y ayudante de campo del general Franco<sup>6</sup>) y en los documentos hasta ahora conocidos de los conspiradores que prepararon la sublevación. Algunos se manejaron, con éxito vario, de cara al extranjero. En Londres la burocracia del Foreign Office los desestimó. En París los aceptaron los círculos de extrema derecha. Excitaban el temor al expansionismo atribuido a los bolcheviques. El peligro comunista se exageró hasta límites insospechados y en Londres cayó en terreno abonado en círculos conservadores tanto políticos como periodísticos<sup>7</sup>.

Existe una amplia literatura que ha triturado tal versión que, a lo que parece, tiene no obstante vida inmortal con la adecuada sustitución de los comunistas (que ya no representan un peligro en Occidente) por un sector del partido socialista, que sigue siendo el adversario a batir por parte conservadora en España. Tal énfasis revela una interpretación del pasado desde la óptica de necesidades políticas del presente, en la que militan numerosos autores (algunos de los cuales no vacilaron en defender al partido neofascista Vox en las elecciones generales de 2019).

Dado que el partido comunista español era, en 1936, relativamente pequeño, con apenas una docena y media de escaños en el parlamento, su peligrosidad siempre se conectó con la no menos supuesta injerencia soviética en la política española. Se adujeron entregas de armas e intentos de creación de milicias que se infiltrarían en los cuarteles y asesinarían a los jefes y oficiales que no se adhiriesen a la “causa del pueblo”. Las más oficiales historias sobre la República y la Guerra Civil publicadas por el Servicio histórico del Estado mayor del Ejército de tierra siempre recalcaron tales interpretaciones<sup>8</sup>.

Hasta fecha temprana cabe encontrar obras de afamados historiadores militares españoles (y su cohorte de historiadores civiles) en las que se manifiestan los esfuerzos titánicos por acercar la fecha de creación de las Brigadas internacionales a las bien conocidas de la intervención alemana e italiana a favor de Franco. Ha costado mucho esfuerzo rectificar tal tesis que fue propalada por los círculos derechistas franceses en

6. F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, Planeta, numerosas ediciones.

7. Herbert R. Southworth fue uno de los primeros historiadores en diseccionar analíticamente tales estupideces en *El mito de la Cruzada de Franco*, numerosas ediciones. Otros ejemplos en Á. Viñas, *La conspiración del general Franco*, ed. revisada y ampliada, 2012, Barcelona, Crítica.

8. Que también enfatizó en sus memorias el periodista Luis A. Bolín, *España: los años vitales*, Madrid, Espasa-Calpe, obra que contó en la versión española con el absurdo espaldarazo del ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella en fecha tan tardía como 1967.

los primeros días de agosto de 1936. Incluso encontró credibilidad en los medios pro-franquistas en el Reino Unido pocos meses más tarde, enzarzados en una guerra incruenta contra la propaganda republicana.

Ahora bien, lo que el mito profranquista ocultó siempre, como hacen los historiadores y periodistas que lo defienden, es que *los hechos discurrieron exactamente al revés*. No fueron los comunistas o socialistas bolchevizados quienes pusieron proa hacia la revolución. Fueron los monárquicos alfonsinos junto con los carlistas quienes prepararon cuidadosamente la Guerra Civil. Lo hicieron no por sí solos sino contando con el apoyo financiero, material, político y psicológico de la Italia fascista desde, por lo menos, 1932-1933.

Este apoyo fue perfilándose a medida que transcurrió el tiempo y llegó a un punto culminante en el verano de 1935, un año antes de la sublevación militar. Fue entonces cuando los monárquicos por la vía de Antonio Goicoechea (líder del partido de extrema derecha Renovación Española) informaron formalmente a Mussolini de que no tolerarían que la izquierda volviera a ocupar el poder por la vía electoral. Como anticipaban esta posibilidad, al ánimo del dictador italiano se le llevó la idea de que contarían con él al año siguiente. Así fue. El 1º de julio de 1936, es decir, unos quince días antes de la fecha ya prevista — y anunciada — para la sublevación, los italianos se comprometieron a suministrar material de guerra supermoderno (aviones de caza, de bombardeo y de transporte, amén de algunos hidroaviones, todos convenientemente armados y tripulados por jefes y oficiales de la Regia Aeronáutica) de cara al golpe<sup>9</sup>.

Se observará, pues, la aplicación estricta del mencionado *principio de proyección*: no fueron las variopintas izquierdas españolas (republicanos, socialistas, comunistas) quienes preparaban una revolución sino las extremas derechas civiles y militares quienes abordaron una sublevación contando con el apoyo de una potencia extranjera.

### *La complicidad italiana antes del golpe*

Esta afirmación ha sido, en general, un artículo casi de fé para todo un sector de la izquierda española desde los lejanos días de la Guerra Civil. No en vano en 1937 se descubrió en Madrid un ejemplar de la minuta que los conspiradores monárquicos y carlistas redactaron tras su entrevista

9. A. Viñas, *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, 2019. Los contratos se hicieron públicos en una obra anterior, F. Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, en la misma editorial, 2013.

con Italo Balbo y Mussolini a finales de marzo de 1934. Por el contrario la tesis ha sido rechazada unánimemente por los historiadores más solventes que abordaron después el tema (citemos, a título de ejemplo, los nombres de John C. Coverdale, Renzo De Felice, Ismael Saz y José Ángel Sánchez Asiain)<sup>10</sup>. Fue, no obstante, adecuadamente matizada por Morten Heiberg quien no excluyó otros contactos clandestinos.

El descubrimiento en 2012 de cuatro contratos firmados por el director de la SIAI (Società Idrovolante Alta Italia) y el destacado conspirador monárquico Pedro Sainz Rodríguez, de Renovación Española, en Roma el 1º de julio de 1936 permitieron arrojar dudas sobre la exactitud del rechazo abanderado por tales autores. Los contratos, reproducidos en facsímil en italiano y con traducción al español de los mismos así como de los anexos que comprendían largas listas de equipamiento y municionamiento para que los aviones fueran operativos desde el primer momento, generaron hilaridad entre algunos historiadores españoles. Innecesario es decir que, sin embargo, no identificaron la menor objeción documental. Lo hubieran tenido difícil, ya que hasta aquel momento el trabajo de Sánchez Asiain, aparecido en 2012, era lo más completo que se había publicado en España.

Los contratos del 1º de julio fueron el resultado final de una conspiración liderada por los monárquicos alfonsinos (Renovación Española y Bloque Nacional) con el régimen fascista y al término de la cual todo hace pensar que dejaron de lado a sus aliados carlistas. Quizá para no compartir con ellos la gloria del éxito que más o menos anticipaban. Tal conspiración puede alumbrarse mediante la adecuada combinación de documentación dejada por los conspiradores españoles (en primer lugar el conde de los Andes<sup>11</sup>, pero también por Sainz Rodríguez) con documentos italianos y franceses.

No he sido capaz de averiguar por qué los historiadores que han trabajado en archivos italianos no dieron con la documentación adecuada. Quizá fue desclasificada después de que hicieran en ellos sus pesquisas. Aunque dicha documentación, que consulté en octubre de 2018, adolece de numerosas lagunas el hilo conductor ha quedado ampliamente demostrado<sup>12</sup>. La conspiración se hizo, a lo que parece, fuera de los canales

10. El número de epígonos es muy extenso. El más reciente, ¡cómo no!, es Payne.

11. Que fueron ya examinados, desde otra perspectiva, por José María Toquero en 1989 para alumbrar las disputas ulteriores entre los monárquicos y Franco.

12. Visité los archivos de La Farnesina, de la Aeronáutica y del Ejército de Tierra así como el Archivio Centrale dello Stato. Agradezco al personal de todos ellos su cortesía y gentil ayuda. Las lagunas pueden quizá explicarse por el deseo de la dictadura fascista de

diplomáticos (aunque algunos funcionarios italianos tuvieron conocimiento de los contactos secretos) por medio de hombres de confianza, italianos y españoles, ya identificados en la literatura pero no siempre con las funciones reales que desempeñaron. En contra de una opinión muy extendida en la historiografía el acuerdo de marzo de 1934 constituyó la pieza fundamental y fue un paso con respecto al cual Mussolini nunca retrocedió.

Al año siguiente se entrevistó por lo menos dos veces con Goicoechea, uno de los firmantes. No he encontrado documentación referida a la primera y solo una breve mención a la misma. Sin embargo, el dossier preparado con ocasión de la segunda reunión (en octubre de 1935) es en cambio muy extenso y contiene informes tanto políticos como militares sobre la situación española y sus perspectivas. Estos últimos procedieron de la UME (Unión Militar Española), creada por los monárquicos en 1934, y sobre cuyas actividades la embajada italiana en Madrid estaba al corriente. Al menos, entre la documentación que de ella se conserva figuran octavillas incendiarias de los conspiradores militares. Sería sorprendente que el SIM no hubiera recabado más información, pero si lo hizo la correspondencia entre el agregado militar y el SIM de Roma no la he encontrado. El apoyo italiano tuvo tres aspectos: financiero (conocido en parte), de formación militar a ciertos combatientes carlistas (también conocido, pero con interrogantes y frecuentemente exagerado) y, por último, el interés español por contar con suministros de armamento que era lo que más deseaban los conspiradores y que no se plantearon hasta llegado el momento<sup>13</sup>.

En consonancia con los análisis presentados a Mussolini en octubre de 1935, tras las elecciones de febrero de 1936 los conspiradores empezaron a actuar en un triple plano: la creación de la sensación de un estado de necesidad entre las fuerzas armadas por medio de la violencia en la cual destacaron los pistoleros falangistas; la intensificación de un relato demoledor para el gobierno a través de los medios de comunicación que les eran afines y desde las tribunas del Parlamento y, por último, la agitación en los cuarteles. La trama civil y la trama militar actuaron al unísono.

La idea estribaba en dar un golpe de Estado, que para entonces abarcaba la posibilidad de que pudiera desembocar en una corta Guerra Civil.

dejar las menos pruebas posibles de su injerencia en asuntos españoles en aquellos años previos a la invasión de Abisinia.

13. Las peticiones de 1932 hechas a Italo Balbo por Juan Antonio Ansaldo eran absurdas y las que se concertaron en 1934 no tenían la menor lógica.

El objetivo estribaba en promover la restauración de la Monarquía tras un interregno. Durante este período el poder sería ejercido por una especie de regente (o dictador a lo Miguel Primo de Rivera en los años veinte) que sería el teniente general José Sanjurjo (exiliado en Portugal) y un directorio (o gobierno) encabezado por José Calvo Sotelo y compuesto de miembros civiles y militares.

Esto sería un remedo de la dictadura primorriverista pero adecuada a la situación creada por el apoyo fascista. Es decir, aunque no parece que las formulaciones políticas se desarrollaran demasiado, la idea parece haber consistido en llegar a una dictadura de tipo italiano con un rey a la cabeza (Alfonso XIII o su hijo), un Duce a la española (Calvo Sotelo) y un partido fascistizado para lo cual el PNF podía servir de modelo<sup>14</sup>. No puede sorprender que a Mussolini le pareciera bien la idea. La exportación del modelo italiano a un país latino vecino como España no podría sino resultar en potenciales beneficios para Italia, una vez resuelta la cuestión de Abisinia.

Este proyecto, sobre el cual quizá quede documentación adicional en archivos privados, fue descabezado por el imprevisto asesinato de Calvo Sotelo (lo cual hubiera podido, quizá, superarse) pero sobre todo por la muerte en accidente de aviación de Sanjurjo. Esta carencia ya no era en modo alguno remediable. No deja de ser grotesco que el accidente se debiera a la impericia del piloto, Juan Antonio Ansaldo, el negociador en junio de 1936 de los contratos según se desprende de su hoja de servicios, aunque de forma solo comprensible para los iniciados.

Gracias a documentación francesa, combinada con restos de lo que queda de la italiana en los archivos de La Farnesina, puede asegurarse sin temor a la más mínima duda que la primera expedición de aviones a Franco a finales de julio de 1936 fue el resultado de la ejecución del primer contrato. Pronto se disiparon en efecto en Roma las dudas que habrían surgido ante la llegada de noticias contradictorias desde Marruecos (vehiculadas como es sabido por el cónsul general en Tánger, Pier Filippo del Lion Nero, y su agregado militar, el comandante y miembro del SIM,

14. Esta interpretación es más amplia que la que habitualmente se subraya en la literatura y que se basa en la superconocida instrucción reservada nº 1 del general Emilio Mola. En ella se preveía la instauración de una dictadura militar. Igualmente difiere del escrito, fechado el 5 de junio de 1936, sobre "El Directorio y su obra inicial" que abogaba por una dictadura republicana (ambas citadas en Sánchez Pérez, pp. 346 y 358 respectivamente). La diferencia se explica porque Mola tendió a captar el mayor número posible de oficiales y jefes. Por lo demás, los documentos en cuestión están tomados del expediente Fernández Cordón, ayudante de Mola, en el cual no se recogieron todos los de la conspiración, que han aparecido en otras obras.

Giuseppe Luccardi, y parcialmente reproducidas en los DDI). Para ello fue necesaria la presencia de una misión encabezada por Goicoechea y con la participación de Sainz Rodríguez. Esta misión fue anunciada desde San Juan de Luz por el embajador fascista Orazio Pedrazzi a quien probablemente se le informó de los contratos.

Con la entrevista que la misión tuvo con Ciano el 25 de julio quedó en claro que la sublevación de Franco era parte de la más general auspiciada por los monárquicos. La caída de dos aviones en territorio francés destacó, sin embargo, la ayuda italiana mal preparada para hacer frente a una investigación forense. En las entrevistas entre Ciano y el embajador de Francia, conde Charles de Chambrun, se puso de relieve que los aviones habían sido puestos a la disposición de los rebeldes por la SIAI<sup>15</sup>. En el curso del mes de agosto se cumplieron los restantes contratos, aunque ya en condiciones radicalmente modificadas.

Es preciso señalar que los documentos italianos que se han conservado y que ha examinado el presente autor así como los franceses del embajador de Chambrun no hubieran por sí solos servido para destapar la significación de las iniciales ayudas y su contratación antes de la fecha de la sublevación. Ello solo ha sido posible a partir de los contratos mismos, que no se encuentran, a lo que sé, en ningún archivo italiano pero que sí figuran en el de Sainz Rodríguez, quizá porque le dio pena destruir un “éxito” para conseguir el cual había trabajado durante varios años<sup>16</sup>.

### *El mito de la génesis de la violencia republicana*

Este mito va combinado con el anterior y alude a la supuesta responsabilidad eminente de las izquierdas por el masivo asesinato de derechistas y de miembros del clero que llegaría a alcanzar cifras inconmensurables. Que hubo violencia es innegable. La sublevación de la mitad de las unidades militares y de gran parte de la oficialidad cogió desprevenidas a

15. En los papeles italianos, muy dañados por el agua o el fuego y primorosamente restaurados, no aparece la SIAI con su nombre y sí solo como una empresa privada in-nominada. Los informes de De Chambrun la identifican. En todo caso, que la SIAI (constructora de los bombarderos Savoia Marchetti) pudiera también vender a conspiradores españoles hidroaviones y cazas Fiat CR 32 sin que mediaran las autoridades es algo que supera la imaginación.

16. Se trata del archivo que ha preservado primorosamente la Fundación Universitaria Española, en la madrileña calle de Alcalá. Se cumple con ello la máxima de que los papeles vitales para la historia de España suelen encontrarse, como es lógico, en archivos españoles, aunque no necesariamente en los oficiales.

las autoridades, a pesar de todas las advertencias que les habían llegado. Entre las medidas que adoptaron destaca la de entregar armas a las masas socialistas, republicanas, comunistas y anarquistas. Con el aparato del Estado desplomado y varias regiones en poder de los militares rebeldes el pueblo armado, auxiliado por unidades del ejército y de las fuerzas de orden público leales, opuso una deslavazada resistencia. En respuesta en parte al terror faccioso, dieron comienzo acciones de limpieza de derechistas, clérigos y sospechosos, intensificadas al compás de las noticias que llegaban sobre el comportamiento de los sublevados. Todo ello no tuvo, desde luego, el menor efecto positivo sobre la situación bélica pero generó una mancha indeleble en el extranjero, en particular en el Reino Unido, en contra de los republicanos.

La realidad es, sin embargo, que los rebeldes, con la mentalidad propia de un Ejército colonial, habían circulado antes del golpe la necesidad de adoptar toda una serie de medidas tan pronto triunfase en las distintas localidades. Preveían la eliminación física de las autoridades republicanas a todos los niveles, el descabezamiento de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales de izquierda y la multiplicación de ejecuciones y amedrentamientos masivos con objeto de paralizar cualquier posibilidad de resistencia. Esta violencia se aplicó sin retención alguna en todas las zonas sublevadas, hubiera o no oposición al golpe. Continuó durante toda la guerra. Se realizó siempre bajo la supervisión del Ejército. Destacaron las atrocidades de las juventudes fascistas y/o fascistizadas. Hasta la primavera de 1937 no quisieron los militares someterlas a una apariencia de “justicia” que ellos mismos se encargaron de administrar subvirtiendo todos los textos legales: consideraron sublevados y reos de la justicia militar a quienes no se hubieran unido a la rebelión.

En aplicación del *principio de proyección* el mito franquista se plasmó en la afirmación de que el terror “rojo” había sido avasallador, con el consentimiento de las autoridades, y materializado en un inmenso número de víctimas. Lo contrario de lo que ocurrió. En la zona no sublevada, las autoridades establecidas se vieron desbordadas en un primer momento y luego se esforzaron en reconducir la situación mediante la adopción de medidas para poner freno a las arbitrariedades. El resultado fue que a los seis meses la justicia republicana, adaptada a la situación de guerra, empezó a hacerse con el control.

Ha habido en España una larga guerra de cifras sobre las violencias respectivas que camufla enormes disparidades cualitativas sobre intenciones, organización, realización y características. En un capítulo, que es el más vibrante de la historiografía española contemporánea, el veredicto

es unánime. Los sublevados salen muy mal. ¿Por qué? Porque para ellos amedrentar y sojuzgar a la población fue siempre una necesidad existencial. No extrañará, pues, que las cifras de violencia que hasta ahora se han determinado penosamente estén en una relación de casi 3 a 1 en contra de los presuntos salvadores de la PATRIA. Un feroz capitán de la Guardia Civil, Manuel Díaz Criado, explicó en agosto de 1936 en Sevilla lo que se pretendía: impedir que la izquierda volviera a levantar cabeza en los próximos treinta años. Hoy la historiografía profranquista apenas si lo menciona aunque sigue haciéndose mieles de su también sicopático general, Gonzalo Queipo de Llano, enterrado con todos los honores en La Macarena sevillana. También en este trágico capítulo los vencedores, y los historiadores que les son proclives, han vuelto a poner en funcionamiento el *principio de proyección*<sup>17</sup>.

### *El mito de la honradez de Franco*

Como corresponde a cualquier dictadura que se precie, este tercer mito se refiere al dictador. Al hombre más elogiado y babeado de toda la historia de España. Caudillo, salvador de la PATRIA (con mayúsculas) del comunismo. El superhombre que le devolvió su grandeza y la puso en condiciones de arrostrar los desafíos que se plantearan tras su desaparición. Son características que siguen teniendo vigencia para una parte de la sociedad española.

Es un mito grotesco. Franco, “caudillo por la gracia de Dios”, fue cooptado por unos cuantos generales sublevados que se arrogaron la capacidad de actuar en nombre de todo el Ejército y de los españoles. Lo hicieron para hacer frente a un vacío de poder creado por el desplome de los planes referidos a Calvo Sotelo y a Sanjurjo. Con el fracaso en Barcelona de otro de los conspiradores más connotados, el general de división Manuel Goded, el juego quedó abierto a favor de Franco, que tenía fama de monárquico como ex-gentilhombre del rey. El *principio de proyección* funciona igualmente en base al mito de que Franco no quería, en el fondo, sublevarse, de que advirtió lealmente al gobierno que no debía seguir el curso que había tomado y que solo el asesinato de Calvo Sotelo le decidió a la acción. En realidad, Franco se había incorporado activamente a la conspiración un mes antes y su papel estribó meramente en sublevar las islas Canarias, en donde era comandante general, y pasar a

17. La literatura sobre la represión en ambas zonas es abrumadora. Destacan los trabajos de Francisco Espinosa y José Luis Ledesma, con énfasis en los aspectos comparativos.

Marruecos para ponerse al frente del Ejército de África. Ambas cosas las hizo con éxito tras ordenar el asesinato, en tiempos de paz, del segundo comandante militar que podría no haberse sublevado<sup>18</sup>.

A ello se añaden las supuestas cualidades personales del excelso Caudillo. Su honradez, su sentido del deber, su dedicación al bienestar de los españoles. En realidad, Franco entró en la guerra sin un centavo y salió de ella multimillonario. Desvió fondos de las suscripciones populares a sus cuentas corrientes, se apropió de una cuantiosa donación de café que hizo Getúlio Vargas e incluso cobró un sueldo encubierto de la Compañía Telefónica. Al terminar la guerra contaba con unos “ahorros” que en términos actuales equivaldrían a 388 millones de euros<sup>19</sup>. No salieron de su sueldo y de sus virtudes como ahorrador.

### *El mito de la genialidad militar del Caudillo*

Un sector de la literatura española sigue exaltando el genio de Franco en las operaciones bélicas. En realidad su formación militar era mediocre, su experiencia estratégica muy limitada y ganada en actuaciones menores en un conflicto colonial y subdesarrollado como fue el de Marruecos<sup>20</sup>. Los informes alemanes e italianos le reprocharon que en la Guerra Civil siguiera una estrategia que, en términos estrictamente militares, alargaba el conflicto. Esto era desconocer que Franco la encarró con criterios políticos: como mecanismo para limpiar la anti-España, destruir el Ejército Popular y asentar el terror paso a paso. A la vez, con órdenes a veces incomprensibles se impuso a sus generales. En mi opinión, la guerra podría haberla acertado fácilmente en un año de haber aprovechado la ruptura del frente por Lérida en abril de 1938 y avanzado rápidamente hacia Barcelona, capital de la República y sumida en una profunda crisis militar y política. No lo hizo. Detuvo el avance y se desvió posteriormente hacia el sur, camino de Valencia, en donde nada se le había perdido.

Este fallo estratégico nunca ha sido explicado satisfactoriamente por ningún historiador militar o civil franquista<sup>21</sup>. Todos ellos achacan a la

18. A. Viñas, M. Ull y C. Yusta, *El primer asesinato de Franco*, Barcelona, Crítica, 2018.

19. La demostración documental en la obra de la nota 1.

20. Pionera en este aspecto es la obra del coronel Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000.

21. Hay que excluir a Payne, para quien Franco siguió al pie de la letra los deseos de Hitler de alargar la guerra.

República su tenaz resistencia para cumplir con unos supuestos objetivos que atribuyen a Stalin y que nunca se han demostrado. Por el contrario, está perfectamente documentado que Stalin cortó drásticamente su ayuda militar entre noviembre de 1937 y noviembre de 1938, lo cual debilitó la capacidad de resistencia republicana<sup>22</sup>. De nuevo, *proyección*.

### *Mitos sobre Franco en la Dictadura*

La mitología profranquista cambia de registro al abordar la Dictadura, que nunca fue presentada como tal sino como el régimen diseñado por un hombre excepcionalísimo. Este superman aplicó un sistema denominado de **democracia orgánica** que rompía con las lacras de lo que, despreciativamente, se bautizó como democracia inorgánica, es decir, la habitual. En el caso español (una mezcla curiosa de corporativismo fascista, aplicación del *Führerprinzip*, repudio de partidos políticos y representación controlada de lo que se llamaron “entidades naturales” de la sociedad: familias, municipios y sindicatos) se quiso arrinconar la lucha de clases, integrar a todos los españoles en la común tarea de servir a los intereses superiores del Estado e industrializar el país. Para ello se adoptó (copiada de las potencias fascistas) una política autárquica y dirigista que liquidó toda posible comparación con una economía de mercado. El resultado fue el esperado: el estrangulamiento productivo y el agotamiento de las posibilidades de participar en la división internacional del trabajo de la época.

Todo este período, entre 1939 y 1959, se alumbra poco en la historiografía profranquista. Los paupérrimos resultados se excusan con los constreñimientos impuestos por la situación de guerra exterior entre 1939 y 1945 y un nunca bien explicado “cerco internacional” que habría durado por lo menos hasta 1952-53, porque el extranjero nunca apreció en su justo valor la aportación hecha por Franco al derrotar al comunismo por las armas. El primer hombre que logró tal proeza, fácilmente vendible a los norteamericanos en tiempos de Guerra Fría. Así se explica el divertido autoanuncio de Franco como “centinela de Occidente”.

22. Todos estos aspectos se han examinado en Á. Viñas, *El honor de la República*, Barcelona, Crítica, 2009.

*Tres contraverdades incómodas*

La versión anterior elude varias molestas contraverdades. La primera es que Franco quiso participar al lado del Tercer Reich en la guerra europea. Si no llegó a ello no fue por falta de ganas sino, en ultimísimo término, porque Hitler se negó a declarar por escrito que aceptaba las contrapartidas que Franco solicitó tanto en la reunión de Hendaya como después. Esencialmente la participación en el botín de la victoria que consistiría en, nada menos, que incorporar el Marruecos francés y ampliar las posesiones españolas en torno a Guinea ecuatorial. Hitler no se atrevió a prometérselo por escrito porque siempre dio prioridad a la Francia de Vichy y creyó que Franco sería incapaz de guardar en secreto su aquiescencia, que hubiera tenido como inevitable resultado el enfado francés. Acertó porque a las cuarenta y ocho de haber intercambiado opiniones en Hendaya en octubre de 1940 los británicos se enteraron de lo que se había discutido.

Para entonces el Gobierno de Londres había puesto en marcha una operación supersecreta que consistía en “comprar” al hermano de Franco y a sus generales más representativos para que presionaran al glorioso Caudillo a no entrar en guerra. En tanto en cuanto la suerte de las armas no favoreció a los británicos, estos aceptaron numerosas impertinencias españolas. Tan pronto como los aliados desembarcaron en el norte de África en noviembre de 1942, la política británica se reorientó para asegurarse de que un sector del régimen opondría una resistencia numantina en caso de que los alemanes decidieran invadir la península<sup>23</sup>.

Tras 1945 Franco se aprovechó de dos circunstancias. De un lado, el interés británico por la estabilidad geopolítica y geoestratégica española, que desaconsejó cualquier tipo de desestabilización de la Dictadura. La *realpolitik* de Londres se impuso por fin a Washington incluso tras la muerte de Roosevelt y el cambio de signo político del gobierno. Lo que había sido bueno para Churchill, lo fue también para Attlee. De otro, la incipiente Guerra Fría que redobló tal interés y azuzó el norteamericano, impulsado por el Pentágono, por aceptar como inevitable la permanencia del régimen español. A Washington le interesaba la implantación de bases militares en España en el marco de su estrategia de encercamiento del nuevo enemigo mortal, la Unión Soviética.

Las discrepancias entre los políticos españoles de la oposición en el exilio, viejos adversarios de los tiempos republicanos, nunca suscitaron

23. Todo esto se encuentra desarrollado en Á. Viñas, *Sobornos*, Barcelona, Crítica, 2016.

una dinámica en favor de la restauración de la Monarquía en un entorno internacional poco favorable. A mayor abundamiento, Franco ya se había prevenido contra tal posibilidad con la aprobación en referéndum de la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado en julio de 1947 que definió a España como Reino, pero sin rey. Lo único que puede decirse en favor de Franco es que supo esperar sin flaquear un solo instante<sup>24</sup>. También aceptó sin grandes problemas que el papel de España fuese el que correspondía a un “Estado cipayo”, subordinado a Estados Unidos en el tema fundamental de la activación de las bases norteamericanas, según una cláusula supersecreta que di a conocer en 1979<sup>25</sup>.

La **segunda contraverdad**, que la mitología profranquista ha utilizado y utiliza abundantemente, es la supuesta presciencia del Caudillo. Distorsiona la evolución de la situación interna, caracterizada por una represión multimodal que enlazó con la de la Guerra Civil por otros procedimientos (sin excluir la física), y el derrumbe casi total de la economía, en gran parte por la incompetencia de las autoridades. Eso sí, el mercado negro — que adquirió proporciones inmensas de 1939 a 1952 — generó cuantiosas fortunas y permitió extraer de los vencidos hasta la última gota de sangre. La construcción social del Franquismo, que ya se había iniciado tras la Guerra Civil, continuó consolidándose.

El apoyo político norteamericano, una vez firmados los acuerdos de septiembre de 1953<sup>26</sup>, además de aportar una ayuda económica, con frecuencia exagerada, facilitó la reincorporación de España a la escena internacional con el ingreso, en diciembre de 1955, en Naciones Unidas y, posteriormente, en los organismos de Bretton Woods. Con ello se abrió el camino para proceder, en julio de 1959, al único giro auténticamente estratégico de la política franquista: la adopción del plan de estabilización y liberalización. Gracias a él España salió de los ensueños y del abismo de la autarquía, empezó a participar activamente en la división internacional del trabajo y transformó, a ritmo rápido, una economía de casi subsistencia en una economía parcialmente industrializada. El aparato de represión subsistió, modernizado, hasta la muerte del dictador.

24. Hay numerosa literatura, entre la cual figura Á. Viñas, *En las garras del águila*, Barcelona, Crítica, 2003.

25. La caracterización del Estado franquista la tomo del teniente general Manuel Gutiérrez Mellado (en conversación en Florida en 1979) y del embajador Carlos Fernández Espeso, mi mentor en la historia de la política de seguridad española.

26. En su totalidad fueron dados a conocer en Á. Viñas, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Barcelona, Grijalbo, 1981.

La **tercera contraverdad** que suele olvidarse es que aquel giro copernicano se hizo en contra de los deseos íntimos de Franco. Todavía en 1957 se pronunció a favor del mantenimiento de la política autárquica. Uno de sus más eminentes colaboradores, el almirante Luis Carrero Blanco, distribuyó a finales de aquel año un plan destinado a forzar los niveles de producción industrial que constituía un mentís radical a los intentos de altos funcionarios españoles, del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Europea de Cooperación Económica por sacar a la economía española de su ensimismamiento. Dicho plan lo localicé en los archivos de la Presidencia del Gobierno. De ellos ha desaparecido, sin embargo, una fundamental conferencia que Franco dio en la segunda o tercera reunión de la recién creada Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos Económicos en marzo o abril del mismo año. En ella, y ante el probable pasmo de muchos de sus ministros, se pronunció en favor de la industrialización masiva del guayule<sup>27</sup> para paliar la falta de caucho con que fabricar neumáticos<sup>28</sup>. El crecimiento de los años sesenta, algo innegable, no fue el reflejo de la estrategia de Franco sino el resultado del agotamiento de sus orientaciones más genuinas<sup>29</sup>.

### *Contramitos que no calan*

Todos estos contramitos y contraverdades, explorados por la investigación española y extranjera, no han calado en la totalidad de la sociedad española. Es más, los autores que cantan los elogios de Franco siguen siendo legión<sup>30</sup>.

27. Planta cauchífera que crecía salvaje en arenales, particularmente en la provincia de Huelva. La referencia al guayule se encuentra en documentos alemanes en favor de la adopción de una política autárquica en España.

28. Es verosímil que tal desaparición acaeciera durante los ocho años de gobierno del PP bajo José María Aznar.

29. La primera obra que se basó en el acceso a los archivos pertinentes de la Dictadura para esclarecer estos temas, incluida la cláusula de activación de las bases, fue la de Á. Viñas *et al*, *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, Madrid, Banco Exterior de España, 1979.

30. Uno de los últimos ejemplos es la biografía debida a la pluma de Stanley G. Payne y Jesús Palacio, ex-neonazi reconvertido en historiador. Me indujo a reunir a una serie de historiadores españoles para dejar sentada una crítica fundada en la revista académica digital (Universidad Carlos III de Madrid) "Hispania Nova" en <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/issue/view/448> (Sin respeto por la historia. Una biografía de Franco manipuladora).

Pocos son en Italia quienes reivindican a Mussolini, aunque los hay. Menos aún en Alemania los que se atrevan a alabar a Hitler. En Portugal, Oliveira Salazar no despierta emociones. España es un poco comparable a Rusia. En esta última Stalin ya no es rechazado mayoritariamente. En España, Franco tiene muchos defensores. La pregunta es ¿por qué? Se han dado muchas respuestas, pero una que sobresale es la siguiente:

En los tres primeros casos las democracias que siguieron a los regímenes fascistas se basaron en el repudio de estos últimos. De forma neta, clara y terminante. Los tres fueron derribados por la fuerza y el caso de Italia con una corta, aunque sangrienta, guerra civil. En España no ocurrió lo mismo. El cambio se produjo a través de una transición en la que la ruptura con el régimen franquista se hizo siguiendo las propias leyes de la Dictadura y en el marco legal existente. Se cambió este con la adopción y desarrollo de la Constitución de 1978. No se exigieron responsabilidades. Los delitos denominados políticos fueron amnistiados, ya hubiesen sido cometidos por los republicanos cuarenta años antes o por los servidores del régimen, incluso tras la desaparición de su adalid.

La Transición se basó en el olvido mutuo, en el consenso de diseñar medidas para evitar que algo similar pudiera volver a producirse, en la necesidad de abordar conjuntamente un futuro en libertad y en el repudio del cainismo que había caracterizado la Guerra Civil. También en el temor a las bayonetas. En su momento se caracterizó como un gran éxito y, sin la menor duda, propició una evolución política, económica y social tanto en la esfera interior como en la proyección internacional sin parangón en los dos últimos siglos de historia española.

No se aplicó la menor censura a los historiadores. Poco a poco los archivos fueron abriéndose. La libertad de prensa, de cátedra y de expresión quedó garantizada por la Constitución. Se encardinaron en la sociedad. Pero la nueva democracia se movió cautelosamente. Entre 1982 y 1986 Televisión española preparó un documental masivo, de 30 capítulos, sobre los antecedentes y el desarrollo de la Guerra Civil para conmemorar el 40 aniversario de su estallido. Bajo el título *España en guerra* reunió a un equipo de catorce historiadores de las más variadas tendencias y especialidades: de derechas, de izquierdas, de centro y regionalistas, civiles y militares. Todos ellos prepararon, por consenso y tras largas discusiones, un texto común que sirvió de base para montar la narración fílmica. Se recuperaron imágenes y noticieros de un número inmenso de archivos de todo el mundo. El coste de la operación fue considerable. Nada similar se había hecho en España (tampoco se ha repetido). Llegado 1986 empezó a proyectarse por la noche a horas tardías. No se le dio la menor publicidad. Salvo en un sector de la derecha profranquista no tuvo

demasiadas críticas<sup>31</sup>. El enfoque que prevaleció en el período pareció ser que había que mirar no tanto al pasado sino al futuro.

Años después en la provincia de León se excavó una fosa en la que yacían los restos de varias personas ejecutadas sumariamente por los sublevados sin el menor atisbo de juicio. El caso atrajo la atención. A partir de entonces la búsqueda de las llamadas “fosas del olvido” desencadenó un efecto llamada. La sociedad civil empezó a tomar cartas en el asunto. El asunto saltó a la escena internacional. Las familias de los púdicamente denominados “desaparecidos” pidieron justicia y, sobre todo, que se desenterraran e identificaran a sus muertos allí donde fuese posible.

Nació el movimiento de la denominada “memoria histórica”. El gobierno conservador de la época se mantuvo al margen. No así el socialista que le siguió. Tras larguísimas discusiones y debates el Parlamento aprobó una ley que preveía ciertas reparaciones morales (las económicas ya habían dado comienzo en los albores de la Transición) y mostró que el Poder público tomaba cartas en el asunto.

Fue demasiado para ciertos sectores sociales, en particular la Iglesia Católica (que había bendecido la represión franquista y a su vez había sido víctima de la republicana pero que también buscó el reconocimiento de varios centenares de religiosos masacrados, varios de los cuales fueron beatificados). La polémica no hizo sino crecer.

Al compás, y a veces con la protección de ciertos gobiernos autonómicos y locales, la recuperación de las víctimas de la Dictadura (porque las de los republicanos siempre habían sido honradas por los vencedores) continuó imparable. Los historiadores hicieron su trabajo. En la actualidad se calcula que el número de víctimas de la represión franquista en la guerra y en la posguerra alcanza el alucinante total de algo más de 136.000, casi tres veces más que el de los republicanos. El número de fosas se estima en unas 2.500, de las cuales la mitad siguen sin abrir. Se cree que otras 250 ya han desaparecido.

Con la excepción de Rusia, la implantación de la Dictadura en España costó muchísimas más víctimas que en los casos de Italia y Alemania. En el primero se estima un total próximo a las 3.000. En el segundo, entre el 31 de enero de 1933 y el 30 de junio de 1934 se calcula unas 1.200. Si se extiende hasta finales de agosto de 1939, el número mínimo alemán es de 2.500. En ninguno de ambos casos hubo una auténtica guerra civil como Rusia y España.

31. Puede encontrarse en la red, por ejemplo, España en Guerra (1/31) – El declive de un régimen – YouTube.

Las cifras de sobremortalidad española estremecen en la perspectiva de la experiencia comparada. Entre 1939 y 1945 las víctimas francesas ascendieron a unos 200.000 soldados y a unos 330.000 civiles. Este total de 530.000 ha sido objeto de varios retoques que lo hacen oscilar entre 580.000 y 650.000. En el caso español, las víctimas directas de la guerra (soldados) oscilan entre 170.000 y 200.000. Si incluimos la represión civil las cifras se disparan hasta 400.000<sup>32</sup>.

A medida que el movimiento de la memoria histórica (léase en pos de la recuperación de los nombres y el honor de las víctimas del Franquismo y la determinación de las circunstancias de su desaparición) fue ganando potencia, un gran sector de la derecha reaccionó con exasperación. Lo que está en juego no es, ni más ni menos, que el enjuiciar un pasado sangriento que no se parece en nada a lo que el relato franquista o pro-franquista ha venido afirmando.

Finalmente, habría que señalar que en España, a diferencia de otros países de nuestro entorno existe un decalaje total entre los avances en el conocimiento de ese pasado que han ido alumbrando los historiadores y lo que vehicula el sistema de enseñanza en los tramos de la educación primaria y secundaria. La República, la Guerra Civil y la Dictadura apenas se tratan. ¿Resultado? A dos generaciones de ciudadanos, que han atravesado por dichos tramos en los últimos cincuenta o sesenta años, no se les ha enseñado nada o casi nada del negro período de la historia contemporánea española<sup>33</sup>.

No es de extrañar que abunden los mitógrafos y que la discusión pública esté mediatizada por temores presentistas. En la medida en que estos se proyectan hacia atrás para justificar el presente y dorar el pasado me parece obvio que la derecha, en España, no tiene motivos para mantener una buena conciencia.

32. Las referencias en Á. Viñas, *Palancas de la guerra, mitos del Franquismo*, Barcelona, Pasado&Presente, 2013.

33. F. Hernández Sánchez, *El bulldozer negro del general Franco*, Barcelona, Pasado&Presente, 2014.

